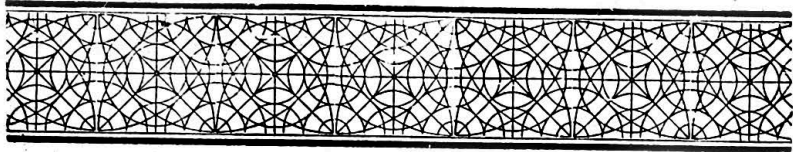


**Discurso del Profesor don Juan Noé, de la
Facultad de Medicina**



DISCURSO DEL PROFESOR DON JUAN NOE, DE LA FACULTAD DE MEDICINA

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

La esquisita amabilidad del Rector ha vencido la resistencia para que yo también dijera dos palabras en una ocasión tan solemne como la que nos reúne en esta casa universitaria, para honrar a mi patria agasajando la persona de su Embajador Extraordinario.

Como si no bastaran los conceptos que ha vertido para enaltecer la vitalidad de una civilización que, lejos de agotarse en el trascurso de los milenios, parece recobrar sus bríos después de períodos de descanso, el Doctor Amunátegui ha llevado su hidalguía hasta desear que un hijo de Italia, que mui modestamente la representa en este hogar de la cultura chilena, uniera

la suya al coro de voces que esta noche se levantan en la exaltación de la mentalidad i del alma latinas.

En efecto, señores, es esta de hoy una hermosa fiesta de la latinidad: fiesta significativa, pues celebra una vez más, junto con las fuerzas de expansión de las viejas razas mediterráneas, también el carácter universal de su espiritualidad; tan universal, que sólo los ofuscados por un oscuro empirismo o los que consideran las conveniencias i las actividades civiles con estrechos criterios simplistas i pragmatistas, no ven con qué fuerza subsiste aún hoy día la afirmación que en los días de Roma lanzara uno de sus hijos más dignos, casi en desafío del espacio i del tiempo, de que todo lo que más bello i de más grande ilustra a la humanidad, todo es esencialmente latino. La filosofía, las artes, las ciencias, las mismas formas literarias llevan todavía el sello inventivo que los orientales, i particularmente los griegos, trasfundieran a la sangre latina como un patrimonio hereditario indestructible. Por cierto los aspectos exteriores i el contenido de lo que llamamos civilización contemporánea, son la resultante del empuje i de la perseverancia de todos los pueblos progresistas de la tierra; pero, si se analiza su evolución, prescindiendo del factor cuantitativo, no sería difícil descubrir que el núcleo sustancial de los preceptos universalmente aceptados es en parte fruto preponderante del pensamiento i de la sentimentalidad latina. I digo de la sentimentalidad, porque hasta la más excelsa expresión de la religiosidad, que tanta repercusión tuvo en la espiritualidad del hombre, el cristianismo, es hijo jenuino del cerebro latino. ¿Qué sería hoy día aún el mundo si no hubiera recibido las hermosas radiacio-

nes de los siglos de oro de la intelectualidad española, francesa e italiana?

¿Qué sería de nosotros si no hubieran existido hombres evangélicos como Francisco de Assis; mentalidades poderosas i dinámicas como la del Dante, Leonardo, Galileo, Cervantes, Descartes, Pascal?

Basta esponer esta cuestión para que nuestro discernimiento llegue a separar en la civilización nuestra lo orijinal de su filiación directa o remota; lo que constituye el impulso al movimiento, de las accidentalidades que lo van sucesivamente modificando. Reproducir al infinito con variaciones de grado i de forma un modelo no es lo mismo que idearlo o plasmarlo. Aquello pertenece más bien a la fuerza continuadora de la inercia, esto a la potencia creadora; aquello es fruto de sutileza de ingenio, esto es sólo atributo del jenio. I el jenio latino se remonta todavía libre i soberano en los confines de la civilización universal, como las águilas romanas volaban por el orbe de las tierras conocidas.

Es un error de perspectiva en que incurren algunos historiadores, confundir las esterioridades a veces deslumbradoras de la potencia i del bienestar material con la civilización, que es primacía intelectual i facultad de evolución progresiva. La fuerza puede ser el instrumento de ésta, pero no se le identifica, como no está necesariamente asociada a ella. Los romanos fueron talvez de los pocos pueblos que gozaron el privilegio de saber crear una forma concreta i duradera de civilización i de disponer al mismo tiempo de la fuerza material para imponerla. Al contrario, la Italia del renacimiento, débil, porque estaba fraccionada en pequeños estados rivales i turbulentos, fácil presa de

los extranjeros, tuvo un poder de expansión moral e intelectual inmenso, hasta llegar a sujetar por segunda vez el mundo i especialmente a los fuertes jermanos i a los anglo-sajones; a su carro triunfador por medio de sus sabios, de sus literatos, sus filósofos i artistas.

La civilización latina, señores, lejos de haber muerto está en la plenitud de su virilidad. Historiadores poco penetrantes o parciales, erijiendo en lei jeneral i constante el fenómeno ofrecido por los pueblos orientales i griegos, cuya evolución podría presentarse gráficamente por una curva simple, han proclamado más de una vez la decadencia definitiva de la raza latina.

Es este un error, derivado de una exajerada tendencia a hacer teorías lo que Bacon llamaba **anticipación de juicio**.

A esas teorías un gran filósofo, historiador i economista napolitano del siglo XVIII, Juan Bautista Vico, opuso su doctrina de los **recursos históricos**. A la luz de esta doctrina, el fenómeno del actual resurjimiento del pueblo italiano, de este su tercer ciclo apenas comenzado, lejos de constituir una escepción asombrosa, resulta en cambio mui sencillamente la repetición de un ritmo biológico. La biología, de cuyas leyes depende la evolución individual i social del hombre, demuestra que la corriente de vida fluye a través del tiempo con ritmo pulsatorio. Hai períodos de exaltación i de reposo, momentos en que la organización se expande, se dilata i otras en que se aminora i se contrae; fases de tensiones férvidas, que alternan con depresiones de calma i de descanso. La actividad de las grandes asociaciones humanas que llamamos pueblos o naciones no se sus-traen a esta lei. Como las especies animales o vejetales,

responden a condiciones adversas del ambiente asumiendo formas adoptivas de vida mínima o de letargo; igualmente los pueblos reaccionan a determinadas compresiones exteriores con períodos de reposo.

Lejos de representar síntomas de decadencia, constituyen tales descansos pruebas de resistencia, de economía conservadora i de obstinada vitalidad. Tal fué el largo período que atravesó la Italia desde la mitad del siglo XVIII hasta la mitad del siglo XIX; i, sin embargo, en esa centuria, en la cual los críticos extranjeros divisaban todas las señas de su decadencia progresiva i definitiva, la Italia, presionada por el peso enorme de factores políticos i económicos adversos, daba muestras de su enerjía de resistencia por medio de bellos ejemplos de su tradicional individualismo intelectual. Bastaría recordar, pasando por alto sus literatos i artistas por demás conocidos, a Morgagni, padre de la anatomía patológica; a Lazzaro Spallanzani, el instaurador de la fisiología experimental, a clínicos como Panizza i Scarpa, a físicos de la talla de Volta i Galvani, i finalmente al gran precursor de Pasteur i de Lister, Agustín Bassi que demuestra en 1836 la causa microbiana de los contagios i dicta por primera vez interesantísimas normas de profilaxia i antiseptis.

La tan decantada decadencia latina, en jeneral, e italiana en particular, constituyen, pues, un error de la crítica histórica, fundado sólo en apriorismos doctrinarios i en errores psicológicos, que, por lo demás las ciencias biológicas han venido corrigiendo en lo que va corrido del presente siglo. En efecto, la biología ha demostrado experimentalmente que la senectud i la muerte del protoplasma, substrato material de la vida, abstracción hecha de causas accidentales i violentas, es menos

efecto de un agotamiento de sus energías intrínsecas que de la adversidad creciente i por grados, avasalladora de los factores extrínsecos que actúan sobre ella.

Lo que sucede con el protoplasma es aplicable a los organismos, al hombre i a los pueblos. Cambiad las condiciones jenerales de existencia de un pueblo; este concentrará o activará sus energías en armonía con las necesidades de su subsistencia i de su supervivencia. Si la Italia aparece un país de las muchas vidas, como se le ha definido, si su historia ofrece el ejemplo de variaciones profundas en el curso de su civilización, se debe a los grandes i profundos cambios políticos i étnicos que en el tiempo relativamente corto de algunos siglos se han producido en ella. De lo cual se deriva que la historiografía i la filosofía de la historia, como ya lo ha hecho la psicología, tendrán que tomar mayores contactos con las ciencias biológicas, so pena de ver desmentidos por los hechos sus principios i doctrinas.

Excelentísimo Señor Embajador:

A S. E. que en alta misión de paz ha recorrido las jóvenes naciones, que han trasplantado en el Continente que descubriera un latino, los fuertes retoños de la antigua cepa mediterránea, no se le habrá escapado el rol nobilísimo que a los tres grandes pueblos neolatinos les corresponde desempeñar entre las hijas de su sangre i de su espíritu. Quien dice madre, piensa en el conjunto de las más hermosas i delicadas palpitations del corazón humano: la madre no sólo cría, sino educa i plasma el espíritu de sus hijos; lo que tiene de más espontáneo i ardiente el altruísmo, la naturaleza lo ha

colocado en el alma de la madre al servicio del instinto de conservación i de progreso de la raza. Ahora bien, de allí fluye claramente indicado cuáles son los deberes que naciones como España, Francia e Italia deben cumplir para con sus hijas americanas.

Señor Embajador: estas naciones jóvenes llevan el espíritu de los adolescentes; carecen todavía de filosofía propia, pero poseen un alto poder de asimilación i de imitación. Vehemente es en ellas el anhelo de conocer, de levantarse al nivel de los pueblos más cultos, de cooperar positivamente al progreso de las ciencias, de las artes i de todos los factores que aseguren el bienestar i la felicidad material i moral de la humanidad. Los extranjeros que llegan hasta ellas en misión de cultura son recibidos con las mayores atenciones i hallan entre los colegas i en todas las clases sociales, junto con las atestaciones más halagadores de estimación, también los auxilios morales i materiales indispensables al desempeño de su cometido. El que os habla puede dar testimonio público de esto i lo hace con el mayor placer i con la esperanza de que puedan llegar por intermedio de vuestra alta i autorizada palabra al conocimiento de sus colegas italianos.

Chile se parece mucho a Italia; su clima, su configuración jeográfica, el carácter enérgico de su población, el aislamiento de su raza encerrada entre la alta cordillera, el mar i el desierto de Atacama que le confirió cierta homogeneidad; la fertilidad casi inagotable de su suelo, son todos factores que aseguran a esta joven nación un porvenir de prosperidad i de grandeza. ¡Ojalá los intelectuales italianos, que por las razones indicadas encontrarían bajo este cielo azul i a la vista de sus hermosas montañas una segunda patria, vinieran a visi-

tarnos con mayor frecuencia i comprendieran las ventajas morales i materiales de estrechar los vínculos de consanguinidad, con los lazos fuertes de la estimación recíproca i del amor! Es este el voto que yo formulo, no sólo en mi nombre, sino en el de mis connacionales. En el momento en que, saludando en vos el representante de la Italia nueva, de la Italia que virilmente quiere vivir, de la Italia que ha reafirmado solemnemente la preeminencia de los valores morales e intelectuales sobre los materiales, mi pensamiento i mi corazón vuelan lejos, allende los Andes, allende el océano, a mi querida patria. La veo más hermosa, más bella, como aparecen las visiones de ensueño, fuerte, disciplinada i laboriosa. Saludadla en nuestro nombre, excellentísimo Señor Embajador, en nombre de todos los italianos que viven en esta su segunda patria i saludadla también en nombre de este Ateneo que, recibiendo en forma solemne, ha querido demostrar, en el modo más significativo, la estimación i la reverencia que le merece la antigua madre común, al mismo tiempo que aprecia en el más alto grado la embajada de cultura, que ha llegado hasta la costa chilena, heraldo de paz, garantía de fraternidad, lumbrera del progreso.
